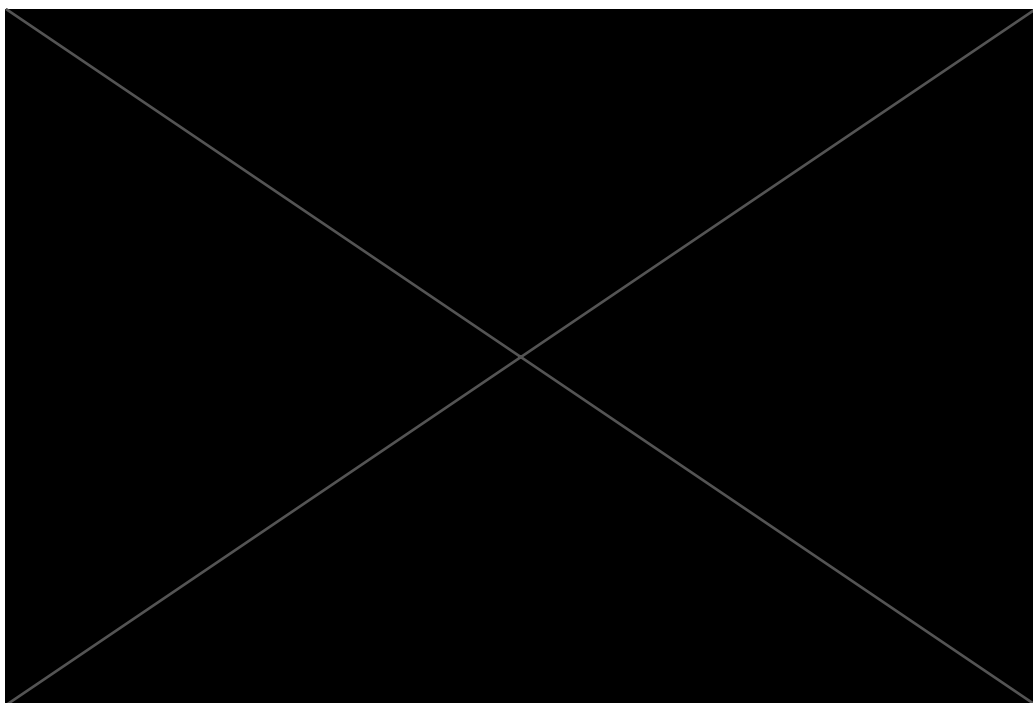




GUILLERMO ADELIO RODRÍGUEZ

12 de abril de 1975

Venancio Páez, expresaba que *“del terremoto del 44 en San Juan, la peor tragedia que sufrió nuestra provincia, sucedieron dos cosas, la primera fue la puesta en marcha por parte del entonces coronel Perón de un operativo de solidaridad nunca antes visto y la segunda que en ese operativo conoció a Evita y nació la más bella historia de amor que marcó la historia argentina para siempre”*. Palabra más palabra menos, don Venancio, siempre decía lo mismo. Páez era vecino de los Rodríguez y recuerda que Guillermo, uno de los hijos del matrimonio a quien volvió a encontrar años después en Berisso, en su adolescencia alternaba el trabajo de albañil con su pasión por el rugby en el Águilas Doradas de Caucete. *“Siempre me quedó grabado eso, no era común que un chico de barrio, de una familia trabajadora, tuviera tanta pasión por un deporte pituco como era el rugby de aquellos años. Lo volví a encontrar una tarde cerca del Barrio Obrero, me presentó a su compañera Ángela y me contó que habían alquilado una casa por la calle Trieste y 5 (hoy 23) de Villa San Carlos, y si la memoria no me falla eso fue en el 69, principios del 70”*.

Eran tiempos de movilizaciones, proscripciones y de Perón en el exilio. La dictadura de Juan Carlos Onganía, debilitada ante el clima insurreccional generado después del Cordobazo y del secuestro del teniente general Pedro Eugenio Aramburu por Montoneros, llevó a que

fuera reemplazado por Roberto Levingston. Un desconocido general traído de urgencia desde Washington quien nueve meses después, en marzo de 1971, sería desplazado por el general Alejandro Agustín Lanusse, autor, entre otras cosas, de la famosa frase: “*A Perón no le da el cuero*”.

A fines de ese año, Guillermo trabajaba en una empresa contratista en la destilería de YPF La Plata. Era oficial carpintero, delegado de la UOCRA y por la noche completaba sus estudios para recibirse de Maestro Mayor de Obra. No era de callarse ni de esquivarle el bulto a los problemas. A partir de un reclamo por mejoras laborales lideró una huelga y fue despedido. Era vocero y defensor de sus compañeros, siempre iba al frente. En 1973, luego de un paso por el Peronismo de Base, se incorporó a la Juventud Trabajadora Peronista (JTP). Sus antecedentes de lucha y militancia política le dificultaban trabajar en las empresas de la zona. A mediados del 74, contratado por Techint, consiguió conchabo en la construcción del puente Zárate-Brazo Largo y se instaló en Zárate con su compañera y sus hijos: José de 4 años y Eva de 1 año y 8 meses. Allí continuó con su militancia gremial, el corredor Campana - Zárate - Villa Constitución era una zona de complejidades políticas y de alta conflictividad.

Lo que pudo haber sido un episodio olvidado, terminó por salir a la luz en 2003, cuando testimonios de dos sobrevivientes, que lograron escapar, resultaron fundamentales para conocer lo sucedido el sábado 12 de abril de 1975, en un camino de tierra cerca del Río Luján, en la zona de Campana. Esa madrugada, dos pelotones de combate de Montoneros, en una acción solidaria con trabajadores en huelga reclamando la libertad de los detenidos y el esclarecimiento de los asesinatos cometidos, partieron a expropiar un camión cargado de cereales y alimentos para ser distribuido entre las familias de los huelguistas. El hecho fue presentado como un enfrentamiento. Guillermo y otros cuatro militantes peronistas miembros de Montoneros, fueron emboscados y asesinados a quemarropa por un grupo de policías en complicidad con las fuerzas militares de la zona. Todo comenzó el 20 de marzo, cuando el gobierno de Isabel Perón argumentando que existía un “complot subversivo” en su contra, envió cuatro mil efectivos de fuerzas conjuntas para ocupar la ciudad. El ministro del Interior denominó al operativo “Serpiente Roja”. Ese día se produjeron unas 200 detenciones y 15 activistas gremiales fueron asesinados. A partir de estos acontecimientos se inició en todo el cordón industrial de la zona una huelga que recién sería levantada a fines de mayo.

Carlos Alberto *Nano* Tuda, Luis *el flaco* Tito Bocco y dos compañeros a bordo de un Falcon camuflado de móvil policial partieron hacia su objetivo en la Panamericana. La ruta estaba prácticamente desierta y la zona tranquila. Enseguida apareció el camión y Nano dio la orden de interceptar al Mercedes Benz 1114, el camionero detuvo el vehículo y un compañero ocupó su lugar al volante. Retomaron la marcha por la ruta 9 en dirección a Buenos Aires, tenían que llegar al desvío que va a Cardales. Allí eran esperados por otro grupo de compañeros en el que estaban Rodríguez, Carlos Pablo *Oscar* Molinas y como responsable Carlos Fernando *Pablo* Lagrutta. Para Guillermo fue una noche especial, era su primera operación. Lo que no se percataron en ese momento fue que el procedimiento era observado por personal policial, perteneciente a la Unidad Regional Tigre. Aparentemente, la operación estaba “cantada”. La caravana tomó la salida planeada. El camino a Cardales tenía un desvío de tierra pero también un inconveniente: no tenía salida. El Falcon y el camión avanzaron por el camino rural y en la oscuridad de la noche, apareció lo imprevisto, por el espejo retrovisor vieron los faros que venían detrás. Siguieron pero alertas. Llegaron al lugar prefijado donde esperaban los compañeros ya citados. Pusieron el camión entre los

coches para cambiar las patentes. Las luces sospechosas se convirtieron en dos autos que con potentes faros buscahuellas iluminaban la escena. Sin decir “agua va” abrieron fuego sobre el camión y los dos autos. Los policías portaban armas largas y medianas mientras que ellos contaban con una sola metralleta PA 3 y pistolas, lo que puso a los policías fuera del alcance de tiro efectivo.

Nano ordenó resistir. Alberto Badino, quien manejaba el camión, a duras penas pudo bajarse, la trompa miraba hacia el campo y las balas silbaban cada vez que abría la puerta. Se aturdió. Guillermo y Molinas fueron los primeros en caer. De ese lado solo quedaba Lagrutta resistiendo con una pistola, del otro lado Nano, Tito Bocco y Antonio Fernández parapetados entre el Falcon y el camión. Una bala hirió a Nano en el muslo y a Fernández en el pie. Luego de un prolongado tiroteo, estaban heridos, la metralleta inutilizada y sin municiones, Nano pidió un alto al fuego y pactaron su rendición. Lagrutta acató la orden y avanzó con las manos en alto; Bocco también y el mismo Nano arrojó la pistola hacia un costado. Fernández, se ocultó en un cono de sombra y logró escapar, pidiendo permiso para retirarse. “No gordo, estás herido, te van a matar, no vas a poder correr” le dijo Nano. “Yo creo que me puedo ir”, respondió el compañero. “No quiero que te maten gordo”. “Me las puedo rebuscar, déjame ir” insistió. “Está bien andate” concluyó Nano, que era el jefe del operativo. Sin abandonar las armas, corrió en zigzag y haciendo cuerpo a tierra mientras le tiraron con todo. Corrió sin parar hasta que escuchó que había cesado el fuego. No pasó mucho tiempo, volvió a escuchar disparos. Guillermo Rodríguez y Carlos Pablo Oscar Molinas fueron rematados en el suelo, Carlos Alberto Tuda, Luis Arnaldo Bocco y Carlos Fernando Lagrutta fueron fusilados en el lugar.

Esa madrugada, cuando escuchó la radio, su esposa supo lo que había ocurrido. Dejó a sus dos chicos mayores en manos de un vecino e intentó averiguar qué había pasado con su marido. Horas más tarde al domicilio donde vivían, llegó la requisa policial. Se la llevaron con su hijo Facundo de 15 días, de la calle Félix Pagola, en Zárate. Les robaron todo lo que poseían, Ángela fue salvajemente torturada, picaneada en la panza, los pechos y las encías.



La sometieron a simulacros de fusilamiento a ella y a su hijo. Recibió trompadas, para que revelara nombres de compañeros de su marido. No les dijo nada porque no sabía nada, no era militante por lo que la liberaron, pero muy malherida.

La APDH (Asamblea Permanente de Derechos Humanos) de Zárate describió que *“durante los meses siguientes, y también a lo largo de la Dictadura Militar, todas las familias y compañeros de estas víctimas fueron perseguidos, detenidos y sus casas allanadas. Como una constante, el terror sistemático arruinó hogares, familias, historias y futuros”*. Muchos de ellos a veces tuvieron que optar por el exilio exterior o interno para salvaguardar su integridad física, social y familiar. O como Ángela, quien para proteger a sus hijos, les dijo que su papá había fallecido en un accidente. Años después supieron la verdad.

José, el mayor de los tres hijos, en una nota realizada en el portal *sanjuan8.com* relató que descubrió esa verdad cuando tenía 12 años, en una visita a la Biblioteca Franklin donde decidió husmear entre los periódicos de 1975, y buscar algún artículo que lo llevaran al momento y al lugar donde falleció su papá, en abril de ese año. *“Extrañado por no encontrar ningún accidente laboral, entre noticias sobre la guerra de Vietnam y otros artículos que a mí me interesaban, encontré una noticia que me llamó la atención: la muerte de cinco terroristas. Un titular decía: en enfrentamiento con la Policía, mueren cinco subversivos. Cuando leí el cuerpo de la noticia vi que uno de ellos era mi padre. Me estaba enterando en ese momento de lo que verdaderamente pasó con él. La noticia que reflejaban los diarios en ese momento era devastadora. Según la prensa le encontraron armas, ametralladoras y hasta granadas, lo cual no era cierto. Me agarró un ataque de llanto desesperante. Era muy chiquito y estaba solo, hasta que pude enfrentar a mi mamá y pedirle que me confesara la verdad. Mi mamá se quebró y me confió lo que había ocurrido, pero sin decirme que había sido secuestrada y torturada”*. En ese momento para José, el tiempo se detuvo, comenzó a entender por qué su nombre pasó a ser José Castillo, por qué vivieron de rancho en rancho, de pueblo en pueblo, porqué a su hermana sólo podían decirle la Negra y no Eva, como se llamaba. *“Mi mamá lo hizo para protegernos, por miedo, por lo que sufrió. Hemos vivido clandestinamente durante toda la Dictadura Militar de choza en choza, en el Médano de Oro para ocultarnos”*, contó.

La masacre del Río Luján sentó un claro precedente del terrorismo de Estado que tendría lugar a partir del golpe de 1976, en el que ciudadanos miembros de organizaciones, sindicatos y partidos políticos; por su condición de opositores civiles al régimen fueron fusilados, desaparecidos y asesinados sistemáticamente por miembros de las fuerzas armadas y de seguridad, sin ninguna clase de garantías, enjuiciamiento civil u orden judicial.

En septiembre de 2021, en una causa iniciada en el 2019, el juez federal Adrián González Charvay, procesó con prisión preventiva a los policías retirados Hermes Vicente Acuña y Carlos Urbano Leguizamón por considerarlos responsables del homicidio de Carlos Tuda, Luis Bocco, Carlos Lagrutta, Carlos Molinas y Guillermo Rodríguez, hechos que consideró crímenes de lesa humanidad. A Samuel Bunge Diamante, oficial retirado de la misma fuerza, lo procesó por encubrimiento al elevar la causa titulándola *“muerte en tentativa de robo”*. Cuarenta y seis años después, la justicia federal consideraba que quedó probado que las víctimas fueron *“ultimadas en estado de indefensión”*, hecho en el que actuaron los efectivos de las comisiones policiales. Y también que Bunge Diamante *“instruyó el sumario ocultando que las muertes de las víctimas se produjeron en estado de indefensión como consecuencia de ser ultimados con posterioridad a que cesaran de disparar y manifestaran que se rendían, y no a causa del tiroteo o enfrentamiento armado”*.

En el periodo de instrucción de esta causa, el juez permitió al Equipo Argentino de Antropología Forense exhumar los restos de Guillermo. Su hijo José Rodríguez, en ese momento director de Promoción y Protección de Derechos Humanos en la provincia de San Juan, manifestó que *“los resultados de la exhumación han sido contundentes, hay vestigios de herida de bala en uno de los brazos y dos impactos en la cara, uno de los sobrevivientes declaró que escuchó los disparos de gracia”*. Rodríguez señaló que *“con los resultados se confirma lo dicho por mi madre al día siguiente de la tragedia, quien reconoce el cuerpo de mi padre y de los otros compañeros, ametrallados, algo que después relata en la Justicia”*. Ángela hablaba de su marido con gran amor y recordaba especialmente cuando le compró un cuaderno en el que le apuntaba deberes y traía el diario para que aprendiera a leer, ya que ella tenía solamente primer grado. Guillermo Rodríguez fue sepultado en el cementerio de Campana, después de varios años sus restos fueron trasladados a San Juan para que descansara en la tierra que lo vio nacer.

